

Esta sección muestra los principios que los creyentes quieren aplicar a situaciones de adiáfora, es decir, en los asuntos que Dios ni manda, ni prohíbe.

Adiáfora

La adiáfora se describe generalmente como los asuntos en los que los cristianos tienen libertad de decidir lo que quieren hacer, porque Dios no ha mandado ni prohibido un curso específico de acción. Bajo el antiguo pacto, Dios reguló muy específicamente la vida de los israelitas; les dio leyes dietéticas que determinaban lo que podían comer. Dios le dijo a Israel: cuándo y cómo adorar, qué sacrificios hacer, cómo debían hacer el sacrificio los sacerdotes, y cómo debían ayudar los levitas en la adoración. Había leyes: sobre las enfermedades infecciosas, con instrucciones sobre lo que se debía hacer si una casa estaba enmohecida, y prohibía trabajar en sábado.

El propósito de esas normas y reglas era mantener intacto a Israel como nación hasta que el Salvador hiciera su obra. Cuando Jesús murió en la cruz, se alcanzó el propósito de esas leyes, y ya no siguieron vigentes. La iglesia primitiva tuvo dificultad para reconocer esto. En el Concilio de Jerusalén (Hch. 15), la iglesia primitiva reconoció que las leyes del pacto del Sinaí ya no obligaban al pueblo de Dios.

En el Nuevo Testamento no hay leyes ceremoniales que nos obliguen. Dios no nos ha dicho: en qué día debemos adorar, qué liturgia usar, o qué vestido debe usar el pastor; no nos ha prohibido comer ciertos alimentos. Dios nos ha dado libertad en esas áreas. Llamamos adiáfora a las áreas en las que Dios nos ha dado libertad para ejercer nuestro juicio santificado.

La adiáfora no afecta nuestra posición ante Dios; él no está más feliz con la persona que va a la iglesia el domingo, que con la que va: el sábado, el lunes, o cualquier otro día de la semana; no está más contento con las iglesias que usan la copa común en la cena del Señor que con las que utilizan copas individuales; no está más contento con la persona que come hamburguesas que con la que come un sándwich de cerdo. Todos esos son asuntos de “indiferencia”. Dios nos ha dado libertad para elegir lo que hacemos en esos asuntos.

Aunque la adiáfora es en ellos mismos asuntos de la libertad cristiana, las personas pueden abusar de ellos. El Señor nos guía en el uso de la libertad por lo que nos dice en la Escritura. Los siguientes principios nos guían, entonces, en el uso de nuestra libertad cristiana:

Lo que Dios ha mandado o prohibido no pertenece al área de la libertad cristiana (1 Co. 6:13-20)

¿Caen en el área de la libertad cristiana el sexo premarital y extramarital? Pablo tuvo que escribirles a los corintios para recordarles que el sexo antes o fuera del matrimonio es pecado y no asunto de indiferencia. Todo acto que Dios prohíbe no puede ser considerado como asunto de libertad cristiana. Cualquier acto que Dios manda no es asunto de indiferencia. Los cristianos no tienen libertad para pecar. Solo los asuntos en los que Dios no ha mandado o prohibido claramente nuestra acción, se pueden llamar adiáfora.

*Los cristianos no permitirán que nada los domine,
los cristianos no harán lo que les haga daño (1 Co. 6:12)*

Esos dos principios caben en la advertencia que les hizo Pablo a los corintios en contra de la inmoralidad sexual. Pablo advirtió a los corintios contra hacer lo que les hiciera daño. La inmoralidad sexual es un pecado contra el propio cuerpo (1 Co. 6:18). Los cristianos no usarán su libertad como excusa para hacerse daño o hacer daño a otros.

Además, los cristianos no querrán hacerse adictos a nada. Dios no quiere que seamos esclavos de ningún apetito o hábito. Es necesario ingerir alimentos, pero si vivimos para comer en lugar de comer para vivir, el alimento se convierte en nuestro amo. El trabajo es bueno, pero si trabajamos hasta el punto de descuidar: la salud física o espiritual, y el bienestar de la familia, entonces el trabajo se ha hecho nuestro amo. El ejercicio es bueno, pero si domina nuestra vida, se ha convertido en nuestro amo. Si los cristianos están dominados por algo que hacen, esa actividad ya no es cosa de indiferencia, se ha convertido en pecado.

Hacer todo para la Gloria de Dios (1 Co. 10:31)

En Corinto, parte de la carne sacrificada a los ídolos se vendía en el mercado. ¿Podían los cristianos comer esa carne? Pablo respondió afirmativamente, un ídolo no es nada. Los cristianos pueden recibir los dones de Dios con acción de gracias, incluso carne sacrificada a ídolos. Si un incrédulo invitaba a un cristiano a una comida, el cristiano podía comer lo que hubiera en la mesa, aun si la carne fue originalmente sacrificada a un ídolo.

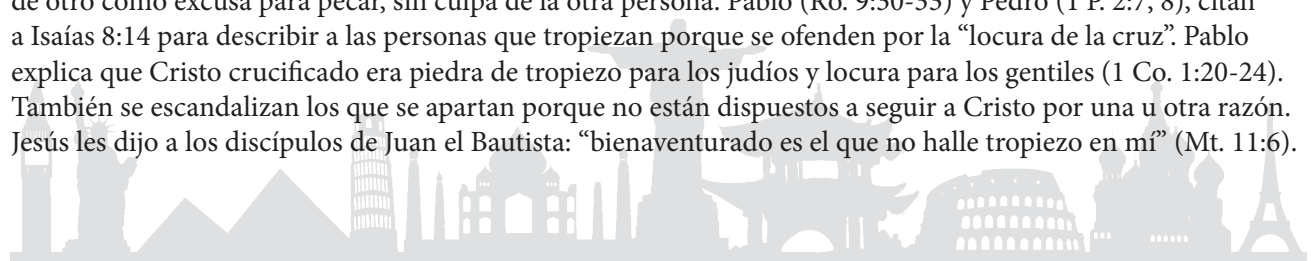
Pero ¿qué decir si un hermano creyente que estaba en la misma comida objetaba que el cristiano comiera de esa carne? Pablo aconsejó al cristiano que no comiera de esa carne por preocupación por la persona cuya conciencia era débil. La preocupación tenía dos aspectos, uno era no insistir en los derechos propios y ser condenado por un creyente débil; el otro aspecto era no hacer que el hermano en la fe tropezara en su fe al sugerirle que hiciera algo que creía que era malo.

En este contexto, Pablo escribe: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. El interés del cristiano en el uso de la libertad cristiana es dar gloria a Dios. Dios no es glorificado si somos condenados por un hermano débil, por insistir en nuestra libertad. Dios no es glorificado si insistimos en nuestros derechos y hacemos que un hermano débil haga lo que cree que es malo. El mundo insiste en sus derechos, pero los cristianos renunciaremos a ellos en el interés de la conciencia de otro. Esa es la senda del amor, que también le da gloria al nombre de Dios.

No da tropiezo (1 Co. 8:13; 10:32)

La palabra clave que usa la Escritura para ofensa [tropiezo o escándalo] es el término griego *skándalon* (la equivalente en hebreo es *mikshól*, lo que hace tropezar—Lv. 19:14). El *skándalon* era, en una trampa, una vara curva y móvil a la que se ataba el cebo y hacía saltar la trampa. En el uso del Nuevo Testamento, denotaba la trampa en sí, un obstáculo, un escollo. En el uso bíblico tiene siempre un sentido figurativo, se refiere a lo que hace que el cristiano caiga de la fe o a lo que estorba la fe.

La Escritura habla de *tropezar* y *ser tropiezo*. *Tropezar* es cuando un incrédulo usa las palabras o las acciones de otro como excusa para pecar, sin culpa de la otra persona. Pablo (Ro. 9:30-33) y Pedro (1 P. 2:7, 8), citan a Isaías 8:14 para describir a las personas que tropiezan porque se ofenden por la “locura de la cruz”. Pablo explica que Cristo crucificado era piedra de tropiezo para los judíos y locura para los gentiles (1 Co. 1:20-24). También se escandalizan los que se apartan porque no están dispuestos a seguir a Cristo por una u otra razón. Jesús les dijo a los discípulos de Juan el Bautista: “bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Mt. 11:6).



Hablando de las señales del fin del mundo, Jesús dice: “Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán” (Mt. 24:10).

Ser tropiezo es ser motivo para que una persona tropiece en su fe o la pierda. Una persona puede ser tropiezo enseñando falsa doctrina; la falsa doctrina aparta a las personas de Cristo. La falsa doctrina debilita o destruye la fe. Una persona puede ser tropiezo por su vida pecaminosa; los actos de la persona que vive en pecado pueden animar a otras a cometer el mismo pecado. Pablo escribe: “No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres” (1 Co. 15:33). Jesús advierte contra ser tropiezo para los niños; los malos ejemplos pueden llevar a los niños a pecar y pueden destruir su fe. Jesús dice: “Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar” (Mt. 18:6).

Una persona puede ser tropiezo también por el uso desconsiderado de la libertad cristiana. Si alguien cree que algo es pecado, para esa persona es pecado. Aunque pueda no ser pecado en sí mismo, si la persona hace lo que cree que es pecado, está pecando. Pablo trata esto en la epístola a los Romanos, donde escribe: “Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado” (14:23). Aquí Pablo no se refiere a la convicción en el sentido de la fe salvadora o a confiar en Cristo como el Salvador; usa la palabra en el sentido de la convicción de que los propios actos están de acuerdo con la voluntad de Dios. Así, la persona que cree que algo es contrario a la voluntad de Dios, pero aun así lo hace, peca, aunque no sea algo pecaminoso en sí mismo.

En 1 Corintios 8 y 10, Pablo trata el asunto de comer carne sacrificada a ídolos. Explica que no era pecado comer de esa carne, pero indica que si un hermano en la fe sentía que era pecaminoso comer carne que había sido parte del sacrificio a un ídolo, uno debería preocuparse por la conciencia del otro creyente. Si su hermano desatiende los escrúpulos de su conciencia al comer la carne, ha pecado, y usted lo ha llevado a pecar. Pablo dice: “Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano” (1 Co. 8:13).

Los cristianos se preocuparán por la conciencia de otros. También tratarán de educar a los cristianos débiles para que sepan de su libertad en Cristo. La educación toma tiempo, las personas no entienden instantáneamente la libertad que tienen en Cristo. Toma un tiempo para que la educación se convierta en convicción del corazón. A los primeros cristianos les tomó tiempo entender que eran libres de la ley de Moisés; hasta Pedro retrocedió en la comprensión y Pablo tuvo que reprenderlo por el escándalo que había dado. (Gl. 2:11-14).

Hagan todo con amor (1 Co. 16:14)

La exhortación de Pablo de hacer todo en amor se encuentra en medio de varias exhortaciones generales que da al final de su Primera Epístola a los Corintios. El amor es lo que nos guía en todo lo que hacemos, incluso en el área de la libertad cristiana. Desde luego, el amor del cristiano es un reflejo del amor de Dios por los pecadores. Pablo describe el amor en esta forma: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser” (1 Co. 13:4-8).

El amor nos mueve a tolerar al débil, nos impulsa a instruir al débil, a ser pacientes con los que tienen dificultad para entender. Cuando los cristianos presentan algo nuevo, el amor los mueve a explicar todas las razones para el nuevo curso de acción. La admonición “Todas vuestras cosas sean hechas con amor” nos mueve a mirar más allá de nuestra manera de pensar y a interesarnos por la conciencia de los otros.

Hagan todo con orden (1 Co. 14:40)

Los servicios de adoración en Corintio, como los describe Pablo en 1 Corintios 14, eran desordenados. Los corintios ponían demasiado énfasis en hablar en lenguas, sus servicios no edificaban sino confundían a la gente. Las mujeres participaban de una manera que alteraba el orden que Dios estableció en la creación. Pablo les escribió a los corintios: “pero hágase todo decentemente y con orden”. El orden viene de la preocupación por el bienestar de las personas. El orden guiará a la iglesia a planear e introducir las cosas nuevas en la iglesia de modo que no haya confusión cuando se pongan en práctica.

*Al ministrar a otras personas no les ponga obstáculos
(1 Co. 9:22,23)*

Pablo escribe: “a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio”. Pablo renunció a su derecho a recibir apoyo de los corintios cuando les llevó el evangelio, y trabajó para sostenerse mientras estuvo en Corinto, para poder predicar el evangelio “gratuitamente”. Esa fue una ofrenda de gratitud de Pablo a Dios.

Cuando Pablo predicó gratuitamente el evangelio, mostró también su preocupación de que no se pusiera ningún obstáculo para llevarles el evangelio a otros. Pablo no estaba interesado en asegurarse una vida cómoda predicando el evangelio, estaba interesado en salvar almas. Por eso estaba dispuesto a renunciar a su libertad en el interés de no poner obstáculos al llevar el evangelio a otras personas. Pablo sabía que ya no estaba obligado por la ley de Moisés, pero cuando trabajó entre judíos no insistió en su libertad de la ley mosaica, sino que la observó en el interés de tener la oportunidad de llevar el evangelio a los judíos. Cuando Pablo estaba entre gentiles, no los agobiaba con las leyes de su herencia judía, no los atribulaba con las costumbres y las ceremonias que tuvieron importancia en otra era. Quitó los obstáculos que le pudieran quitar la oportunidad de llevar el evangelio al pueblo.

Nosotros también tenemos que luchar con todo eso. Nuestros antepasados [en los Estados Unidos] tuvieron que aprender que la obra de la iglesia se podía hacer sin usar el idioma alemán; de la misma manera, nosotros tuvimos que reconocer que las versiones más antiguas de la Biblia ya no son entendibles para la gente de hoy, como lo fueron para nuestros padres y abuelos. Insistir en usar: idiomas, traducciones, o costumbres que vienen de una cultura extraña, a las personas a las cuales les estamos llevando el evangelio, es poner obstáculos a nuestro ministerio. Debemos estar listos a cambiar y adaptar lo que sea necesario, a renunciar a nuestras libertades y gustos personales, en el interés de llevar el evangelio a otros.

No juzgue a su hermano (Ro. 14:10)

En Romanos 14, Pablo comienza a tratar el tema de los cristianos débiles y fuertes, con las palabras: “Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones” (14:1). Los cristianos que sabían que eran libres para comer carne pudieron sentirse superiores a aquellos cuya conciencia estaba atribulada por comer carne. Los cristianos débiles también podían juzgar a los cristianos fuertes, podían juzgar como pecaminosos los actos de sus hermanos en la fe, porque sentían que algo estaba mal.

Pablo responde: “¿Por qué juzgas a tu hermano?” (14:10). El juzgar los corazones le pertenece al dominio de Dios; nuestra responsabilidad es “no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano” (14:13). Los juicios críticos, que buscan las faltas, no son el método del amor. El amor les da la mejor interpretación a los actos de otros. En vez de pensar o hablar mal del prójimo, lo defenderemos y hablaremos bien de él. Si alguien está involucrado en falsa doctrina, lo amonestaremos en amor.



Haga todo lo que conduzca a la paz y a la mutua edificación (Ro. 14:19)

Cuando Pablo trató el tema de las diferentes posiciones entre los romanos sobre comer carne, no apoyó: el espíritu de partido, ni hacer lo que cada uno quiera, ni ninguna acción que pudiera dividir la unidad de la iglesia. La gente tendrá diferentes opiniones sobre costumbres y tradiciones en la iglesia, en las áreas en las que Dios nos ha dado libertad. Esas diferencias no deben dividir la iglesia; Dios quiere que trabajemos para la unidad de la iglesia: “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). Pablo nos anima a fomentar actitudes y acciones que unifiquen y fortalezcan la iglesia; nos advierte contra promover nuestras propias opiniones hasta el punto de que fracturen la unidad de la iglesia.

En asuntos de adiáfora, la mayoría dominará en una iglesia. Podemos sentirnos muy en contra de algo, pero si el asunto se deja al juicio de la iglesia, la mayoría se impone. Debemos tener cuidado de no dividir a la iglesia si las cosas no son como queremos, debemos trabajar para mantener la unidad de la iglesia.

No use su libertad como licencia para pecar (Gl. 5:13)

Los cristianos hemos sido liberados de la maldición de la ley porque Cristo sufrió la maldición por nosotros. Los cristianos también somos libres para servir a Dios sin ser forzados por la coerción de los mandamientos. El amor de Dios nos mueve a los cristianos a vivir en amor. Los cristianos nos deleitamos en hacer la voluntad de Dios, de acuerdo con el nuevo hombre. Pero los cristianos seguimos teniendo la naturaleza pecaminosa; por eso seguimos usando la ley para refrenar los deseos del viejo Adán. En este contexto, Pablo les escribió a los Gálatas: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros”.

Lutero trata el tema en *La Libertad del Cristiano*, donde declara: “El cristiano es un señor perfectamente libre de todo, sujeto a nada. El cristiano es un siervo perfectamente obediente a todo, sujeto a todo”.² Y procede a explicar:

El hombre es abundante y suficientemente justificado por la fe, interiormente, en su espíritu, y así tiene todo lo que necesita, excepto en la medida que su fe y esas riquezas deben crecer cada día hasta la vida futura; pero permanece en esta vida mortal sobre la tierra. En esta vida debe controlar su cuerpo y tener trato con los hombres. Aquí comienza el trabajo; aquí el hombre no puede dedicarse al ocio; ciertamente, aquí tiene que poner atención a disciplinar el cuerpo con ayunos, vigiliias, labores y otra disciplina razonable y sujetarla al Espíritu de modo que obedezca y se conforme al hombre interior y a la fe, y no se rebele contra la fe y obstaculice al hombre interior, que es lo que hace por naturaleza el cuerpo si no se le refrena.³

Aunque los cristianos son libres de la ley, usarán aún la ley para crucificar los deseos de la carne. Eso es necesario para evitar que un falso sentimiento de seguridad le permita al viejo Adán manifestarse y destruir la fe. La libertad cristiana jamás es una licencia para pecar. Aunque estamos liberados de las amenazas y la condenación de los mandamientos de Dios, todavía usamos esas amenazas para controlar nuestra naturaleza pecaminosa.

Cuando el evangelio está en juego, no renuncie a su libertad cristiana (Gl. 5:1)

Cuando en el segundo viaje misionero Pablo llevó a Timoteo, lo circuncidó para no poner obstáculos en el camino de su ministerio a los judíos (Hch. 16:3). Pero cuando unos falsos hermanos trataron de forzar a Pablo para que circuncidara a Tito, Pablo se negó a ceder a sus exigencias (Gl. 2:3-5). Cuando los falsos hermanos les dijeron a los gálatas que tenían que observar la circuncisión y la ley de Moisés, además de creer en Jesús,

para ser salvados, Pablo les dijo a los gálatas que no cedieran. Escribió: “Cristo nos libertó para que vivamos en libertad. Por lo tanto, manténganse firmes y no se sometan nuevamente al yugo de la esclavitud”.

La iglesia luterana enfrentó el mismo problema después de la muerte de Lutero. Algunos, en el interés de lograr cierta paz con la Iglesia Católica Romana, estaban dispuestos a adoptar algunas costumbres romanas. Eso hubiera sido permisible si se hubiera tratado de simples costumbres, pero estaban relacionadas con las maneras que la iglesia romana había inventado para que las personas contribuyeran a su salvación. Por eso, los escritores de la Fórmula de Concordia rechazaron esa tentativa, porque opacaba las diferencias entre luteranos y católicos y amenazaba el evangelio (vea FC X).

Cuando quiera que alguien trate de ponernos bajo leyes hechas por hombres o bajo las leyes del Antiguo Testamento, debemos insistir en nuestra libertad. El evangelio está en juego.

~~~~~

